

tudiar su teología en Bohemia, lo que habria sido contrario á los principios fundamentales del gobierno.»

Robertston, tan encarnizado contra los Jesuitas, dice de ellos:

«Preciso es confesar que el linage humano ha logrado con esta institucion algunas ventajas importantes. Como la Compañía de Jesus miraba cual uno de sus principales objetos la educacion de la juventud, y como las primeras pruebas que practicaron para abrir colegios en donde pudieran tener escolares, sufrieron la mayor oposicion por parte de las universidades en diversos países de Europa, les fué necesario procurar aventajar á sus rivales en sabiduria y talentos, á fin de atraerse la voluntad pública; y por lo mismo se aplicaron con mayor esmero á la literatura antigua. Ideáronse varios métodos para mas fácilmente instruir á la juventud; el logro de sus esfuerzos no les ha servido de poco para apresurar los adelantos de las bellas letras, y en cuanto á ello se les debe mucho. No solamente lograron enseñar los rudimentos de la literatura, si que también han salido de la Compañía sabios maestros en los diversos ramos de la ciencia, y puede envanecerse de haber visto salir de entre ellos muchos mas escelentes escritores que todas las otras comunidades religiosas reunidas (1).»

Por lo demás, el comercio, la industria, la medicina, la astronomía y la física deben á los Jesuitas grandes y útiles descubrimientos, descubrimientos de la clase de los que han hecho una revolucion en la ciencia.

Grandes varones y doctores ha contado la Compañía en sus filas. Ahí están para atestiguarlo, San Francisco Javier, San Francisco de Borja, San Luis Gonzaga, príncipe de Mantua; San Estanislao de Kosea, descendiente de una esclarecida familia de Polonia, Diego Lainez, Alfonso Salmeron, Pedro Le Febre, Bobadilla, Rodriguez, Antonio Possevin, el preceptor de San Francisco de Sales; Pedro Canisio, una de las columnas de la Iglesia; Pascual Brouet, el apóstol de Irlanda; Francisco Strada, predicador afamado; el cardenal Belarmino, citado como pauta de entendidos; Antonio de Córdoba, Everardo Mercuriano, cuarto general de la Compañía; el padre Todedo, despues cardenal del mismo nombre; el padre Arnoz, famoso orador; el padre Auger, á quien el parlamento de Dijon nombró por unanimidad para que enseñase y dirigiese la educacion pública; el padre Maldonado, que convirtió á mas de quinientos calvinistas; Guillermo de Metternich, asombro de Colonia por su talento; el padre Mariana, escritor de la *Historia de España*; el padre Tacci, esclarecido poeta; el padre Isla, cuya nombradía es europea: Martín Becinagueci, muer-

(1) 15,000 escritores cuenta la Compañía, segun un autor contemporáneo.

to en la batalla de Lepanto; Francisco de Castro y Diaz, asesinado por los calvinistas; Martin Gutierrez, asesinado por los hugonotes; el padre Almeida, tan alabado por su talento y corazon angélico, martirizado en el Bungo; los padres Correa y Sosa, víctimas de los caribes de América; Alfonso de Castro, muerto en Bachian por los salvages; el padre Donall, víctima del furor de Isabel de Inglaterra; los padres Gonzalez y Jacobeo, que perecieron mártires en el Brasil; el padre Claver llamado en Cartagena el apóstol de los negros, y tantos y tantos otros mártires escelsos, escritores ilustres, con cuyos solos nombres se llenaria un volúmen.

Pasemos ahora á otro punto.

Los Jesuitas, en una palabra, como un ejército que eran de inteligencias, se esparcieron por todo el mundo, se apoderaron casi de todo, falsearon quizá los buenos y santos principios de Ignacio de Loyola.

Y si los falsearon, á su quinto gefe se lo debieron. En efecto, el general Claudio Aquaviva fué el ángel malo de esta sociedad.

Un defensor de los Jesuitas lo probará mejor que nosotros.

He ahí como se espresa el aventajado literato Don Ramon Franquelo en su *Defensa de los Jesuitas*:

«Por muerte en Roma de Everardo Mercuriano, cuarto general de los Jesuitas, la Compañía eligió en 1581 para sucederle á Claudio Aquaviva el mas joven de cuantos componian la congregacion.

«Este nombramiento hecho por altas instigaciones, aunque los partidarios de Claudio dijeron que por inspiracion divina, debió escitar la envidia de los mas ancianos y de todos los que como hombres aspiraban en su ambicion á la silla de la presidencia.

«Aquaviva enorgullecido con su nueva posicion, ávido de alabanzas y deseoso de brillar en el mundo, olvidó la mision de que habia sido encargado y entregó el mando material en manos de todos y cada uno de los Jesuitas.

«Entonces entró una especie de anarquía en la sociedad, porque el hombre que no tiene freno en sus afecciones, abusa de sus iguales y rompe por fin la valla de la consideracion.

«Claudio fué general treinta y cuatro años consecutivos, época la mas calamitosa para la Compañía.

«Con la indiferencia de este preposito, nacieron las intrigas y maquinaciones, y como hombre entregado á la molicie, no pudo reprimir los males que aquejaban á la corporacion.



«Había perdido la fuerza moral, que es la mas potente, la mas vencedora siempre, y viéndose estraviado, quiso valerse de la física, pero era ya demasiado tarde.

«Apoyado por el pontífice Gregorio XIII, sin duda para enmendar sus errores comenzó á introducir nuevos males é innovaciones perjudiciales y violentas que traian en perenne combustion á la sociedad.

«Todos se lamentaban de su gobierno, sin que bastasen, para derrocarlo, los infinitos esfuerzos que hicieron muchos sensatos y buenos Jesuitas. Había adquirido tanto prestigio en la corte romana, que todas las diligencias fueron inútiles.»

Así se espresa el defensor de los Jesuitas.

Es una verdad que nadie puede negar. Ambicioso y astuto, mañoso y político, el italiano Aquaviva destruyó el principio fundamental de la Compañía. Pensó mas en las cosas del mundo que en las de la eternidad, y á fuerza de mirar la tierra se olvidó de mirar al cielo.

Desde su época data la degeneracion de la Compañía.

La ambicion de Aquaviva no tenía límites. Quiso, — y no creemos aventurarnos diciéndolo así, — quiso ser mas que general de los Jesuitas, quiso ser rey del mundo.

Háyale Dios perdonado la destruccion del santo pensamiento del anacoreta de Manresa!

*Os lego el mundo*, había dicho San Ignacio á los padres que le rodeaban, es decir, os lego el mundo para la enseñanza, para la predicacion, para la virtud, para el martirio.

Os lego el mundo, se dijo Aquaviva, os lego el mundo para que seais los verdaderos reyes de los reyes de la tierra.

Fatales treinta y cuatro años aquellos en que *reinó* Aquaviva!

Murió, otros generales le sucedieron, pero, ay! no hubo ya ningun San Ignacio, ningun Diego Lainez, ningun San Francisco de Borja.

Y esto no obstante, todavía las ciencias, las artes, la literatura y la misma religion continuaron debiendo grandes bienes á los Jesuitas; todavía estos se hicieron acreedores al aprecio público, á la simpatía generosa y nunca desmentida de algunos pueblos.

Su nombre empero empezaba á cobrar cierto tinte de terrorismo.

El 3 de Setiembre de 1758, el rey de Portugal José I dirigiéndose de noche á una cita, se vió asaltado por dos hombres que le dispararon dos tiros. Buscóse á los culpables y el 18 de Enero de 1759, el mar-

qués de Tavora y el duque de Aveiro eran quemados vivos y sus cenizas arrojadas al Tajo.

Acusados fueron tambien de instigadores del regicidio los padres Malagrida, Mattos, y Alejandro, todos Jesuitas.

Así es que el ministro marqués de Pombal el primero, no temiendo comprometerse con ellos en una lucha cuerpo á cuerpo, acusó á los Jesuitas del asesinato del rey de Portugal y pidió á Clemente XIII que fuesen sometidos á un tribunal.

Clemente XIII vaciló, y entonces Pombal decretó su famosa ley de espulsion. Confiscó los bienes de la sociedad, entregó á la inquisicion al padre Malagrida, que fué quemado en un auto de fé solemne, se apoderó de todos los Jesuitas que había en el reino, y haciéndoles embarcar mandó que fuesen abandonados en las costas de Italia (1).

La Francia no tardó en seguir en esta senda al Portugal. La favorita de Luis XV y el ministro M. de Choiseul lo hicieron todo. El rey casi puede decirse que hizo como Pilatos diciendo: *Me lavo las manos*.

Los Jesuitas fueron espulsados de Francia.

En 1766 sucedió en España el famoso motin contra Esquilache, y creyóse generalmente, aunque debemos decir que la historia no lo confirmó, que los Jesuitas habían sido los principales agentes de la sublevacion.

Carlos III hallándose en una situacion difícil como era la que había producido el motin, echó mano de un hombre de hierro, del conde de Aranda, al que nombró capitan general de Madrid y presidente del consejo. Aranda hizo firmar al monarca varias órdenes de destierro y varios decretos enérgicos.

Entre estos decretos había el de espulsion de los Jesuitas, que fué obra exclusivamente de Aranda, aunque, al decir de un historiador, coadyuvaron á ella Campomanes, el confesor del rey y el ministro Roda.

La espulsion tuvo lugar en un mismo dia y á una misma hora el 2 de Abril de 1767, dándola esto cierto aparato de terror, cierto baño de tiranía.

Las diligencias que se practicaron fueron tan secretas y reservadas, que hasta es fama que el conde de Aranda estendió las circulares de su propio puño y letra, y entró en la cámara del rey con recado de escribir en los bolsillos para que firmase la orden sin que se sospechase.

Esta orden es tan dura, dice un escritor, y sus disposiciones tan arbitrarias por pretextos los mas frívolos, que en el dia, acostumbrados á formas mucho mas benignas, apenas podemos leerla sin estremecernos.

(1) El conde de Saint-Priest, *historia de la supresion de los Jesuitas*.



Semejante misteriosa espulsion dió cuerpo al rumor esparcido de que los Jesuitas habian sido los autores del motin , y aun algunos afirmaron haberlos visto aquellos dias disfrazados entre el pueblo , estimulándole con sus discursos.

Sin embargo, la reserva con que se llevó á cabo la orden , y el no haber luego tratado de justificar las causas que la promovieron , favorecen poco á una medida que la historia está obligada á llamar despótica y tiránica , mientras no pueda apoyarla mas que en una sospecha ó en la voluntad indomable de un testarudo primer ministro.

Debemos prescindir , puesto que no consta , de que los Jesuitas fuesen culpables.

Por lo mismo , debemos solo considerarlos como víctimas de una injusta tiranía , y tienen derecho á esperar la compasion y la piedad de la historia.

A la noticia del golpe de estado de Cárlos III , dícese que Clemente XIII , derramó abundantes lágrimas.

En seguida , publicó una bula llamada *Apostolicam* que confirmaba á la Compañía de Jesus en todos sus privilegios.

Era como una rehabilitacion , como un guante que arrojara el papa á los estados que habian proscrito á los hijos de Loyola.

Las casas de Borbon y de Braganza vieron un insulto en esta disposicion. España , Portugal y Francia se levantaron á reclamar contra ella , y , como reparacion , exigieron del papa la abolicion completa de los Jesuitas. Amenazado por España , Portugal y Francia , Clemente XIII , indicó un consistorio para el 3 de Febrero de 1769 (1).

Clemente murió la víspera del dia designado para el consistorio.

Parece que entonces los Jesuitas trabajaron ardientemente para nombrar un papa que les pudiese ser adicto ; sin embargo , si esto es verdad , salieron vencidos.

Clemente XIV en 21 de Julio de 1773 dió el famoso breve *Dominus ac Redemptor* que suprimia los Jesuitas , cerraba sus casas , secularizaba sus miembros y secuestraba sus bienes.

El célebre Jesuita P. Ravignan , en una obra publicada estos últimos años en Francia destinada á hacer el elogio de la Compañía , se esclama así al llegar á las postreras páginas:

«Un hombre cuyo nombre ha quedado célebre , se presentó á fines del siglo pasado ante la justicia. Nada tenia que pedir , nada que reclamar para sí , pe-

(1) Alfonso Brot , *el convento de Jesus*.

ro un motivo inmenso impelia su corazon , exaltaba su valor. Hijo generoso , hijo herido en sus mas caras afecciones por la condena de su padre , fuese cual fuese la autoridad de la sentencia , pronunció de ella la injusticia en su conciencia , y pidió una rehabilitacion solemne. Debió á sus esfuerzos perseverantes , debió á esa consagracion valerosa de un buen talento , el triunfo de la piedad filial y una noble parte de nombradía.

«Como él , yo me presento á pedir la rehabilitacion de mis padres. Hijo herido en mi alma por las prolongadas desgracias de mi familia , y por la dolorosa iniquidad de la sentencia que sobre ella pesa , no ambiciono ninguna nombradía , no traigo conmigo el talento , no tengo mas que una invencible conviccion. No pido mas que justicia y verdad ; no necesito otra cosa.

«Pido la revision de un grande y de un injusto proceso; la pido por mis padres que ya no existen , la pido por mí mismo. Tengo la mas indubitable conviccion de que fueron inocentes , de que lo somos. No fueron ni juzgados ni oidos ; que se nos oiga al fin , que se les juzgue hoy.

«Pido esta revision , y al pedirla no hago mas que reclamar para mis hermanos y para mí lo que á todos pertenece , el aire de la patria , el derecho de vivir , de trabajar , el derecho de sacrificarnos , la libertad en el orden , la libertad en la justicia.»

Tales son las valientes palabras del P. Ravignan.

Sin tener nosotros como él la conviccion de que sean enteramente inocentes los Jesuitas , nos atreveríamos tambien á pedir la revision de este proceso.

Y la pediríamos para decir :

A los Jesuitas de Loyola , la patria debe abrirles sus puertas. A los Jesuitas de Aquaviva quédeles su suerte , que demasiado les queda con quedarles el honor del ostracismo.

Sin embargo , esto es un sueño.

Como las demás órdenes monásticas , los Jesuitas han probado que eran hombres.